

La sesión de tutoría: de la tortura a la alegría

Mar Carrió y Josep-Eladi Baños

En todos los aprendizajes cooperativos, y especialmente en los que implican el trabajo en grupos reducidos, la sesión de tutoría constituye el elemento central sobre el que asienta la posibilidad de un aprendizaje eficaz. Hasta que los estudiantes desarrollan sus habilidades de dinámica grupal eficaz, el tutor tiene un papel primordial para que la sesión no acabe, como se ha dicho ácidamente, en una reunión de gente que habla durante mucho tiempo para no llegar a ninguna parte.

La formación de los tutores es un elemento fundamental para asegurar el éxito de cualquier método docente que apueste por estimular el trabajo analítico, la autoformación y el proceso sintético del aprendizaje. Existen, por supuesto, unos requisitos. Nadie debería ejercer las funciones de tutor si no está convencido, al menos mínimamente, de que el trabajo de tutoría es un elemento que contribuirá a la formación de sus estudiantes. Si no es así, hay un gran número de otras actividades a las que puede dedicarse. El tutor deberá tener en cuenta que su rol será muy distinto del que ejerce en las clases teóricas o en la docencia práctica. Su objetivo principal es facilitar los procesos de aprendizaje para obtener el conocimiento, no proporcionarlo directamente. Además, debe ser consciente de que muchos grupos son disfuncionales al principio, y de que será imprescindible que utilice su mayor capacidad empática y su máxima habilidad conductora para que los estudiantes empiecen a funcionar como se espera. La experiencia dicta que la mayoría de los grupos son autónomos después de un tiempo de dirección de un tutor medianamente capacitado.

El tutor, ya sea novel o experimentado, se encuentra cada curso con un grupo de estudiantes

que debe aprender a conocer, guiar y dotar de suficiente grado de autonomía para que funcionen adecuadamente. Es también muy deseable que consiga que trabajen como equipo, no sólo como grupo. En las líneas siguientes se darán algunas directrices que pueden ayudar, a aquellos que se inician, a que las primeras sesiones sean lo menos dolorosas posibles y se alcance rápidamente la velocidad de crucero que nos hace observar con satisfacción la dinámica de nuestro grupo. A continuación siguen diez consejos para aumentar la probabilidad de lograrlo.

Obtenga una formación previa en dinámica de grupos pequeños

La mayoría de los profesionales, docentes o no, carecen de una formación pedagógica que les facilite la actividad docente. Los hay que han nacido dotados para ello y precisan poca ayuda, pero la mayoría, en cambio, necesitamos aprender la mejor manera de hacer las cosas. Las tutorías de grupos pequeños no son fáciles, y es aconsejable que quienes deban ejercerlas obtengan una formación específica. Para ello se aconseja atender a seminarios o cursos específicos, y la asistencia como invitado a algunas de ellas. Sólo así se comprende de qué va la cosa y se adquieren recursos para afrontarlas con unas mínimas garantías de éxito.

Prepare bien la sesión de tutoría

Para asegurarse de que todo irá bien, lo mejor es familiarizarse con el problema que debe tratarse, lo que significa conocer los objetivos a alcanzar, las preguntas que pueden plantearse y los conocimientos básicos que hay que tener en cuenta

para guiar bien la sesión. Además, cerciórese de que los estudiantes tendrán acceso previo al texto, o lleve consigo las copias para la sesión, localice el aula y compruebe que todo está en orden, especialmente en la primera sesión. Después de finalizada, elabore una lista de las preguntas planteadas y de los objetivos principales de la sesión.

Conozca pronto a sus estudiantes

En un grupo de tutoría es muy deseable que el tutor conozca a los estudiantes por su nombre, de modo que pueda dirigirse a ellos personalizando cualquier pregunta. Para conseguirlo, lo mejor es presentarse el primer día y utilizar alguna estrategia que permita saber quién es quién lo antes posible. Hay diversas maneras de conseguirlo: anotar sus nombres en una hoja de papel de forma que puedan ubicarse con facilidad según su lugar en el aula, construir prismas con hojas de papel donde apuntan su nombre y que se colocan delante de cada uno de ellos, como en algunas conferencias o seminarios profesionales, etc. El objetivo final es conocerlos progresivamente, lo que se consigue en pocas sesiones. Las ventajas de tal proceder son importantes: los estudiantes saben que el tutor los tiene identificados y ya no son uno más en el grupo de la clase, sus opiniones se asocian claramente a su nombre, no pueden dejar de participar en la sesión y, en definitiva, son elementos activos y reconocibles del grupo. En esta situación, es difícil abstenerse de participar en los procesos deliberativos propios de la tutoría.

Informe con claridad sobre cómo funciona la actividad

Los estudiantes deben saber las reglas del juego desde el primer momento. Esto significa que se les debe explicar cuál es el objetivo de la asignatura, cómo funciona el método docente, qué se espera de ellos, cuál es la dinámica de la sesión de tutoría, qué actividad deben realizar de manera autónoma, qué asignaciones deben realizar, cuándo hay que entregarlas, cuál es la temporización de las actividades y cómo van a ser

evaluados. Es recomendable que todo ello esté disponible en una guía-manual a la que tengan acceso, que va a constituir el referente de cualquier duda en el proceso docente. Se aconseja recordarlo en la primera sesión de tutoría para confirmar que los estudiantes saben en cada caso a qué nos referimos.

Facilite la participación

Es necesario que los estudiantes sepan que las sesiones de tutoría no van a funcionar si no participan adecuadamente. Los tutores han de adoptar actitudes que permitan la exploración de los problemas, con la formulación de dudas, ignorancias e hipótesis a seguir. El gran reto es cómo intervenir sin ser extremadamente pasivo (y por tanto inútil para los estudiantes) ni demasiado activo (con el riesgo de “miniclasas” magistrales). El tutor debe ayudar a explorar los textos, desafiar el conocimiento de los estudiantes, obligar a justificar cada pregunta, establecer la profundidad de las respuestas aportadas, facilitar los procesos analíticos, y ayudar a hacer ejercicios de resumen de lo debatido y a identificar las preguntas clave que deben resolverse. La dirección de todo el proceso también debe aportar elementos para evitar una posible pérdida del interés en la centralidad del problema, aunque cualquier exploración debe ser bienvenida. En definitiva, el tutor ha de facilitar todos los procesos de análisis que los estudiantes acabarán por dominar sin su ayuda.

Identifique qué debe aprenderse

Esto no significa que el tutor deba explicar previamente los objetivos de aprendizaje de la actividad, ni que se obsesione por que éstos se cumplan durante la sesión. Es deseable, sin embargo, tener claro cuál es su razón final y evitar que el debate que derive de la sesión sea estéril. Lógicamente, esta indeseable posibilidad es más frecuente cuando el problema está mal planteado, el grupo es inexperto y el tutor desconoce qué hacer. En situaciones normales, los estudiantes tienen una notable habilidad para identificar los temas relevantes, plantear las mejores preguntas e ir directos al fondo de la cuestión. La sesión

de tutoría ha de acabar siempre con la definición clara de qué debe aprenderse y para qué sirve. Es tarea del tutor hacerlo posible con una intervención mínima que, si es necesario, conduzca a los estudiantes en esta dirección sin un dirigismo que amenace la propia actividad docente.

Asegúrese de que todo el grupo aprende

No debe aceptarse el principio de que el entusiasmo de los estudiantes asegurará el aprendizaje. Es ingenuo y puede limitar la utilidad de la actividad a aquellos estudiantes que aprenderían en cualquier caso y de cualquier manera. El interrogatorio constante, distribuido por todo el grupo, la pregunta a los más introvertidos, la interrupción de los que monopolizan el debate y las repuestas, el empleo de métodos de seguimiento y el establecimiento de que se aprende lo que se debe, han de figurar en la agenda de cualquier tutor.

Facilite información sobre el grado de corrección de las actividades

Es frecuente que los estudiantes tengan dudas sobre si lo que han establecido como importante, las preguntas que han planteado y la información para contestarlas son adecuados o no. En este sentido, el tutor debe adoptar una actitud proactiva durante y después de las sesiones, para confirmar o corregir el rumbo que toma el grupo en su análisis y desarrollo. Proporcionar un *feedback* adecuado es una actitud que los estudiantes agradecen notablemente y contribuye de forma importante a su proceso de aprendizaje.

Confíe en la capacidad de sus estudiantes para resolver los problemas

Muchos tutores, en especial al principio de ejercer como tales, no tienen una completa confianza en que los estudiantes puedan resolver por sí solos las situaciones que se les plantean. Esto les conduce a un "paternalismo" que puede perjudicar los resultados del proceso docente al impedir el desarrollo de las competencias adecuadas. El aprendizaje de éstas no es siempre un

proceso fácil, y el entrenamiento, más o menos duro, ha de permitir adquirirlas. Es de aplicación aquí el *dictum* confuciano: «Sólo enseño a mis estudiantes cuando son incapaces de aprender por sí mismos». Resolver situaciones complejas supone para los estudiantes una inyección de autoconfianza que refuerza sus expectativas de enfrentarse a otras igual de difíciles en el futuro. Pese a todo, explique su disponibilidad para atender problemas irresolubles entre las sesiones de tutoría, y asegure su disponibilidad a horas concertadas o por correo electrónico.

Facilite las interacciones del grupo

Es responsabilidad del tutor crear un ambiente positivo en la sesión. Esto es aplicable al entorno físico, con un aula que disponga del mobiliario adecuado para depositar libros, apuntes y cuadernos de notas, una pizarra para las anotaciones y las explicaciones adicionales, y conexión a Internet si es posible. En segundo lugar, el ambiente debe ser relajado, lo que supone permitir un diálogo abierto donde se puede hablar de casi todo dentro del marco de la actividad. Algunos profesores permiten consumir bebidas durante la actividad e incluso pequeños tentempiés, en especial en algunos momentos del día. Es importante que los alumnos adopten cada vez más un protagonismo decisivo en la sesión, y el tutor debe aprender a echar un paso atrás para facilitarlos. Quizá la sesión óptima es aquella en la cual sólo hablan los estudiantes y el tutor permanece mudo.

Tener en cuenta estos aspectos puede ayudar mucho en la tarea docente. Una sesión de tutoría inadecuada supone pasar un mal rato, agravado por el estrecho contacto con los estudiantes. Un grupo disfuncional, un tutor insuficientemente preparado o un problema mal planteado son, juntos o por separado, situaciones que crean una notable irritación en todos (tutor y alumnos). La situación contraria es uno de los placeres que acompaña a los docentes: ver cómo los estudiantes son capaces de aprender por sí solos, utilizando su inteligencia para alcanzar el conocimiento.